

LA SOCIOLOGÍA DEL FRANQUISMO

Francisco Hernández
(*Universidad Autónoma de Barcelona*)

El autor y el libro que comento, no necesitan ni presentarse ni introducirse. Dada la gran difusión que ha tenido esta obra, me dedicaré más que a resaltar los aspectos en torno a los cuales se articula el argumento del libro a profundizar en el enfoque que Amando de Miguel imprime al contenido. Me fijaré, sobre todo, en la orientación metodológica.

Una aclaración que se impone de principio es la que Amando realiza (en la pág. 1) al matizar que el título *Sociología del franquismo* no es el más adecuado y que para saber de qué trata el tema nos hemos de remitir al subtítulo: *Análisis ideológico de los ministros de Franco: 1938-1974*.

Bajo esta temática, me parece que subyacen tres aspectos fundamentales con los que se enfrenta el autor: 1) Caracterización de la naturaleza del poder en la España actual, es decir, del franquismo. 2) Forma de articulación, de representación y de sustitución de las diferentes «familias» dentro del régimen. 3) El papel de Franco como legitimador de la unidad dentro de la diversidad.

Para dar una respuesta, Amando de Miguel cree que su «monografía» puede aportar elementos de juicio, enfocándola hacia «la percepción que del mismo [régimen] han tenido sus principales actores —fuera de Franco—, es decir, los ministros del gobierno» (p. 11). El autor reconoce que hay otras formas de abordar esta problemática, puesto que «lo que ahora intento es una primera aproximación y además en plan de maniobras, de salón. Los ejércitos de investigación sobre el franquismo están todavía en sus cuarteles de invierno» (p. 11).

El problema más importante y discutible del libro consiste en dilucidar si los tres aspectos antes mencionados son abordados en toda su amplitud desde la óptica adoptada por el autor.

Los conceptos básicos en los que se apoya Amando de Miguel son los de «familia» e «ideología». La utilización del término «familia» como tipología de las distintas corrientes que componen y sustentan el franquismo me parece insuficiente. En el fondo, es una forma de agrupar y

elaborar tipos ideales sobre la base descriptiva de las características más sobresalientes que los caracterizan. Los conceptos, además de reunir, han de interpretar y, en este sentido, el término «familia» se queda en la mitad del camino.

El análisis del uso de «*ideología*» es más complicado y encierra más significaciones. Amando recoge la distinción de Theodor Geiger, manejada por Linz en su estudio sobre el régimen autoritario español, entre *mentalidades* e *ideologías*. Partimos de que los regímenes autoritarios «se caracterizan por una *mentalidad* difusa, en el sentido de modo de pensar o sentir, más emocionales que racionales, y orientados hacia el pasado, que proporcionan fórmulas más o menos estereotipadas de reaccionar ante diferentes situaciones» y lo diferenciamos de los regímenes totalitarios donde, «las *ideologías*», con una cierta orientación de futuro, son sistemas de pensamiento más elaborados y organizados intelectualmente, por lo general, de manera escrita, por intelectuales o pseudointelectuales» (páginas 237-238).

Según esta distinción, Amando de Miguel define el sistema político español como de «*mentalidades ideológicas*» (p. 238), esto es, un régimen entre el pasado y el futuro, entre el estereotipo y la elaboración, entre el autoritarismo y el totalitarismo. Es decir, una síntesis contradictoria entre dos caras de una misma moneda. Los estudios de Duverger, de Poulantzas, de Solé-Tura y de Tamames, entre otros, nos darían más luz sobre este tema, en el que no vamos a entrar por razones de espacio. Aun con todo, parece claro que homogeneizar toda la historia del franquismo bajo el término de «*mentalidades ideológicas*» es aventurado.

En las diferentes etapas por las que ha pasado este régimen, ha habido una predominancia más acusada de una u otra de estas dos características. Es indudable que la «era azul» es una época de mentalidades, pues, como dice el autor, «frente a esta inhóspita realidad sobresale la retórica política que habla de *poesía*, *imperio* y *luceros*, que promete un cielo milenarista, y que tiñe de azul mahón obrerista los sueños de la *revolución nacional-sindicalista* unida en frase hecha a España y Dios» (p. 41). No me parece adecuado, por otra parte, caracterizar las otras etapas como ideológicas, puesto que la ideología necesita también una base social de apoyo y de movilización que el franquismo ha tenido en muy contadas ocasiones.

Siguiendo en el análisis de la ideología, parece exagerado hablar de «familias» muy diferenciadas, toda vez que «*las distintas "familias" se hallan ideológicamente emparentadas*» (p. 239).

En algunos casos, esta similitud queda magistralmente manifiesta como en la comparación entre el falangismo de Girón y el tecnocratismo del *Opus Dei* (p. 248-257). Como dice De Miguel: «La base ideológica de la que

parten no diferencia tanto como se cree a los miembros de una u otra familia» (p. 248). A este respecto, ¿más que de «familias» no sería mejor hablar de *grupos de presión*, con intereses iguales, pero que dan más importancia a uno u otro de los «componentes ideológicos del franquismo»?

Este interrogante puede tener una base interpretativa en el hecho de la periodización o de las etapas por las que ha pasado el franquismo. Los componentes que han dado realidad y se han articulado en torno al régimen han jugado su papel en función de las coordenadas nacionales e internacionales y en relación a las exigencias del desarrollo económico español. En este sentido, es significativo comprobar que las diferentes etapas que han marcado la trayectoria del franquismo y la sustitución de una «familia» por otra siempre han coincidido con fenómenos extraideológicos, ya sea por motivos internacionales, económicos o políticos (era azul, etapa tecnocrática y funcionariado). Esto explica que, a nivel de poder, «en rigor, no se han dado una veintena de gobiernos de Franco, sino un solo gobierno, con todos los matices y adaptaciones que se quiera, pero respondiendo siempre a una misma y básica concepción ideológica —aunque compleja— del hecho político [...] en términos reales y técnicos no hay “crisis” gubernamentales, sino “relevos” de personas en los puestos ministeriales» (p. 25), dependiendo de la coyuntura y de las necesidades del momento.

Esto nos puede llevar a concluir si, en rigor, han habido varios gobiernos o uno solo, siendo el hilo conductor de todo el proceso la figura del general Franco. Es decir, la esencia del régimen es siempre la misma y la fachada depende de las circunstancias.

Llegado a este punto, conviene recapitular los elementos que configuran la orientación general de la obra. A. de Miguel define *franquismo* «como el contenido ideológico concreto de un *régimen*, entendiendo por tal el *sistema de organización de las relaciones de poder en el que dominan los aspectos ideológicos de conducta y de interés sobre los jurídico-formales*» (p. 12). Esta definición es todo un retrato de lo que el autor entiende por poder y por la forma de organización política que configura una sociedad. Aspectos a estudiar pueden haber muchos, como se señala en otro lugar (p. 13). Pero el enfoque global me parece particularmente importante. En el origen de esta definición, está la concepción de cómo surgió la semilla del régimen. Siguiendo a A. Fontán, A. de Miguel define que la guerra civil es fruto de «la inteligencia». Citando a Fontán, el autor afirma que «la fuente original de donde brotaba aquel conflicto, la Guerra Civil de 1936-1939 y sus antecedentes, era la inteligencia. En España se oponían

dos concepciones ideológicas y proyectos de vida colectiva incompatibles entre sí» (p. 17).

A primera vista, esta valoración parece evidente. Pero, de todas formas, la cosa no se quedó sólo en pensar. El poder se caracteriza por su capacidad de aplicación práctica de lo que se plantea como objetivos a conseguir. Es decir, la guerra civil fue el choque armado de dos maneras de entender la organización social colectiva y de aplicarla. Siempre lo que se piensa es la manifestación de unos intereses que se quieren materializar en la práctica. Por esto, me parece que entender e interpretar un régimen por sus manifestaciones ideológicas es insuficiente, porque, entonces, el sustrato puede quedar tapado. Por ello, es siempre más significativo lo que se hace que lo que se piensa.

Creo que Amando reflexiona sobre este punto cuando se pregunta: «¿No será éste un fácil «psicologismo» del hecho de que las personas concretas representan *estructuras, clases sociales?*» (p. 14). Me parece que no es válida la comparación que se hace con «una familia Sánchez» como forma de explicar la pobreza ni con la autobiografía de un emigrante como forma de explicar la emigración. Entre otras cosas, porque estos estudios utilizan el *método de casos* para relatar la lógica interna de un aspecto de la realidad social, mientras que A. de Miguel se sitúa ante una *estructura social* para interpretarla.

Aparte de estas matizaciones metodológicas, que revisten un indudable interés, conviene poner de manifiesto que *Sociología del franquismo* es una obra importante. En muchos aspectos, podría calificarse como un *libro-documento*. Recoge prácticamente toda la producción ideológica de los ministros de Franco y es un estudio muy pormenorizado de los textos en lo que se refiere a un «análisis de contenido de la literatura política oficial» (p. 15). Creo, no obstante, que faltaría una referencia al «poder carismático» de Weber para explicar, de alguna forma, el papel de Franco en la evolución política española, tan indisolublemente unida a su persona.

Esta publicación tiene más mérito —aunque el autor opine lo contrario— que el «acierto de seleccionador de textos llenos de sentido para entender el argumento ideológico del régimen franquista» (p. 363).